

# HACE VEINTE AÑOS

en

## CRACOVIA

Por Stanislas PIGON

• Al ocupar Polonia en 1939 los nazis destruyeron el patrimonio cultural del país, diezmaron a los mayores representantes de esa tradición: Hans Frank, el comandante de los invasores, se propuso anular los obstáculos que impedían el establecimiento del poder hitleriano en el heroico territorio polaco.

La cadena de barbarie fue iniciada con el arresto de los profesores de la Universidad de Poznan y el asesinato de muchos de estos intelectuales como el geógrafo St. Pawleski, el lingüista E. Klich, el físico St. Kalandyk. Prosiguió con el exterminio de varios maestros de las instituciones de enseñanza superior, particularmente en Varsovia y Lvov, donde el 3 de julio de 1941 fueron asesinados —sin juicio ni motivo— veinticuatro catedráticos que no acataron la sumisión a los designios nazis.

El 6 de noviembre de 1939 fueron detenidos 144 profesores de la Universidad de Cracovia. Para conmemorar el vigésimo aniversario de estos acontecimientos, se celebró una ceremonia en esta antigua Universidad, que creara en 1364 Casimiro el Grande.

UNIVERSIDAD DE MÉXICO ofrece el discurso del profesor Stanislas Pigon —arrestado en ese eclipse de la razón— historiador de las letras nacionales polacas, célebre por sus estudios acerca del poeta Mickiewicz y miembro de la Academia de Ciencias.

EL 6 DE NOVIEMBRE de 1939, aquí mismo, se produjo un acontecimiento sin precedentes hasta entonces en los anales de nuestra *Alma Mater*; sin precedentes igualmente en otras universidades polacas. Y es inútil tratar de encontrar un hecho semejante a través de toda la historia de la ciencia europea: la matanza de los sabios polacos, emprendida en vasta escala, como se sabe, en el curso de la última conflagración mundial.

El atentado de Cracovia debe pasar a la posteridad como un caso único, tanto por la refinada premeditación con que fue ejecutado, como por su magnitud. Ciertamente, hechos análogos se produjeron también en Vilnia y Lvov, pero, aunque fueron realizados con mayor brutalidad, no alcanzan a igualar en importancia el crimen de Cracovia ni a sobrepasarlo en perfidia. Su significación no tuvo tampoco el mismo alcance histórico. El acto criminal de Cracovia no sólo aplastaba y aniquilaba a hombres, sino amenazaba la existencia misma de la Universidad como institución: tenía por objeto destruir los fundamentos de la cultura científica polaca. Por esta precisa razón fue altamente significativo.

Las consecuencias del atentado son conocidas: los hitlerianos arrestaron e internaron en un campo de concentración a casi todos los hombres de ciencia de la Universidad, sus profesores, sus asistentes, muchos profesores de la Escuela de Minas y de la Escuela Superior de Comercio (en total 200 personas, entre rectores, ex rectores, el director, el director adjunto y el ex director de la Academia de Ciencias); en otras pala-

nuevo; el servicio religioso que precedía a la reapertura de los cursos se celebró normalmente, pero la ceremonia inaugural del año universitario no llegó a realizarse.

La antevíspera de ese día —escogido también para la llegada del todopoderoso gobernador Frank— el rector de la Universidad recibió la visita del *Obersturmbannführer* Müller, jefe de la policía política secreta de Cracovia. Se presentó en calidad de doctor en derecho, diplomado de una universidad alemana cualquiera, y expresó su deseo de dictar ante el areópago de los profesores una conferencia sobre el estado nacional-socialista frente al desarrollo de la ciencia.

Sin sospechar la falsedad que se ocultaba tras esta solicitud, el rector convocó, mediante una circular especial, no solamente al cuerpo docente de la Universidad, sino también a los de otras instituciones académicas.

Jóvenes y viejos, nos presentamos a esta reunión en grupos compactos. En poco tiempo la sala N° 56 estaba llena. El pretendido conferencista llegó en uniforme y con el quepí sobre la cabeza, y se instaló en la cátedra en el papel que le había sido asignado: el de policía, no de sabio. La tentativa de comenzar normalmente el año universitario —dijo— equivalía para él a una prueba de nuestra ignorancia en cuanto a los cambios ocurridos. Y todos nosotros quedábamos arrestados a fin de ser trasplantados a condiciones de vida que nos permitieran meditar sobre esta situación y volverla a examinar con más cuidado, *umlernen*.

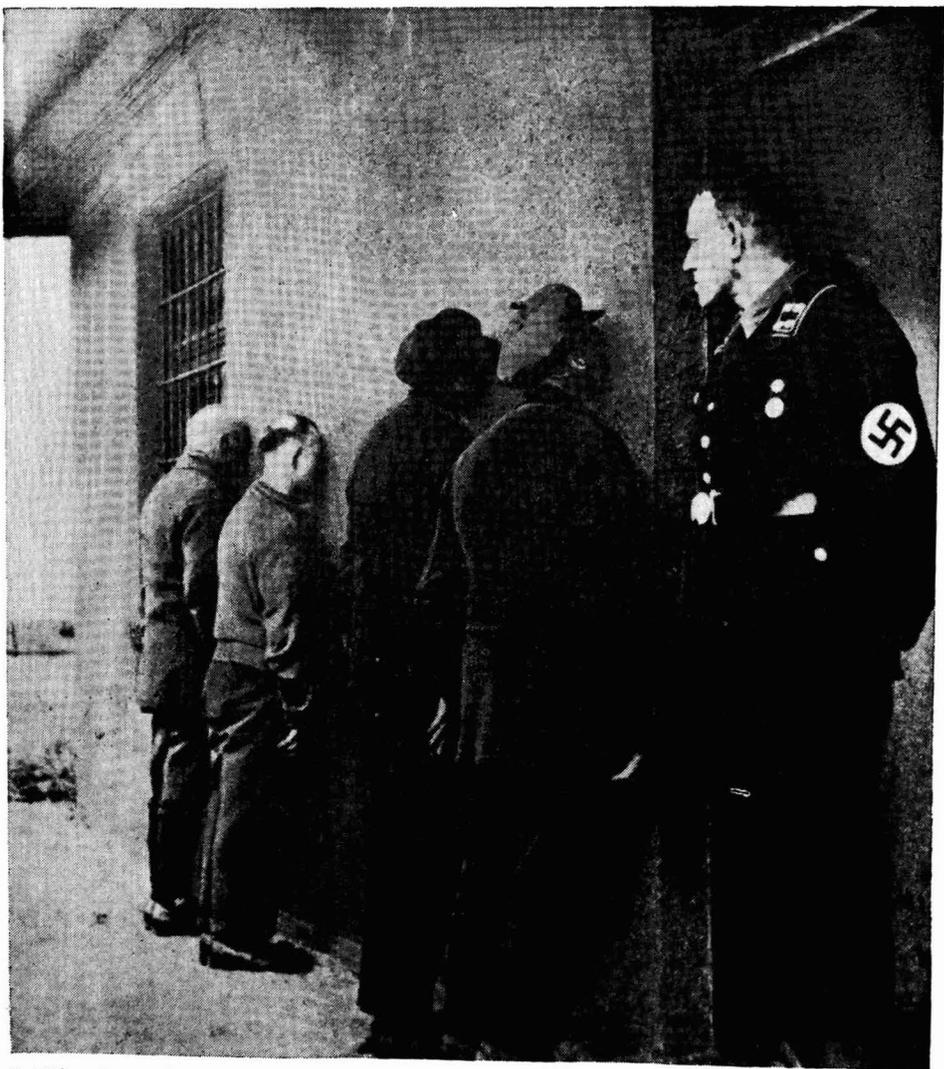
De hecho, el edificio del Collegium Novum había sido ya ocupado por la

bras, a los decanos de nuestros profesores, sabios de renombre mundial, hombres de primera fila, aquellos a quienes correspondía el mayor mérito de la ciencia polaca, juntamente con una gran parte de nuestros jóvenes cuadros. Fueron brutalmente arrancados a sus ocupaciones para humillarlos y destinarlos a desaparecer y si el exterminio proyectado no se realizó más que en parte, fue debido a la impresión que este acto de salvajismo sin paralelo causó en la opinión pública europea.

Pero, ¿en qué circunstancias se realizó este acto monstruoso? Solamente queremos recordar a este respecto los hechos más sobresalientes.

Eran los comienzos del tercer mes de la ocupación de Cracovia por los alemanes. En los primeros días de noviembre, las autoridades universitarias decidieron que la apertura anual de las facultades se efectuaría en la fecha habitual. ¿No habían pedido públicamente los ocupantes que la vida del país continuara normalmente?

Los exámenes se reanudaron y los laboratorios comenzaron a funcionar de



“sddicos de la Gestapo, que rivalizaban celosamente con los criminales de derecho común”

Gestapo. Todos los presentes fueron detenidos en medio de grandes gritos de los alemanes, quienes insultaban y distribuían puñetazos para hacer marchar a los sabios de cuatro en fondo. Embarcados en coches celulares, fueron conducidos bajo fuerte escolta hasta la prisión militar, en la calle de Montelupi. Ahí pasaron la noche tendidos en el suelo, apretujados en un pequeño espacio. A la mañana siguiente, los detenidos tomaron el camino de los cuarteles del 20º regimiento de infantería y, dos días más tarde, el de Wroclaw, para ser encerrados en la prisión criminal de la ciudad. Después de haber sido iniciados durante más de 15 días en esta vida nueva, fuimos trasladados al campo de concentración de *Sachsenhausen*, en el corazón de Alemania.

Me abstendré de relatar todos los detalles de nuestra permanencia en este lugar, así como del refinamiento del sistema adoptado para maltratar a los prisioneros —todos sin excepción. No sabría describir en un discurso tan breve, ni todos los engranajes de este sistema, ni su funcionamiento en lo que tenía de más significativo y de más perfeccionado. Otros compañeros de infortunio han hablado de ello en sus recuerdos, especialmente los profesores Konopczynski y Urbanczyk y, muy particularmente, el profesor Gwiazdomorski. Por mi parte, no deseo ahora sino tocar ligeramente algunas cuestiones de orden general.

En verdad, todas las desgracias se abatieron a la vez sobre nosotros. Pienso en los rigores particulares del invierno de 1939-40, en la inhumana disciplina del campo sobrepoblado y, sobre todo, en el conjunto de guardianes escogidos a conciencia, de cancerberos del campo, de sádicos de la Gestapo, que rivalizaban celosamente con los criminales de derecho común, entre los cuales se reclutaban generalmente los jefes de barraca.

En las barracas nos encontrábamos apiñados como ganado y abandonados sin atención médica. Las condiciones de vida eran tanto más espantables cuanto que no disponíamos más que de un delgado uniforme de prisionero, sin abrigo; que nos hacían permanecer horas enteras a la intemperie para pasar lista bajo un frío lacerante que sobrepasaba los 20 grados bajo cero; que estábamos mal nutridos, hambrientos. Lo mismo nos afectaba el pesado trabajo que nos hacían sufrir las astutas incomodidades de la disciplina cotidiana.

No debe sorprender, por lo tanto, que los hombres de más edad, enfermos y extenuados, no pudieran resistir largo tiempo. La muerte comenzó su obra en diciembre, es decir, dos meses después de nuestra llegada a *Sachsenhausen*. El día de Nochebuena, el nombre del profesor Meyer, de la Escuela de Minas, abrió la lista de víctimas. Otros le siguieron. Cada cierto tiempo nos enterábamos de que tal o cual de nosotros nos había abandonado. Entre éstos se encuentran los profesores Estreicher, Smolenski, Siedlecki, Chrzanowski y Sternbach. Hace algunos instantes, en la sala Szujski, se ha leído la lista de todos los desaparecidos, de ellos trece muertos en el campo, cuatro apenas unos días después de la liberación y otros dos un poco más tarde en *Mauthausen*. Lo que importa subrayar es que más del diez por ciento de los sabios arrestados murieron en condiciones extremadamente duras en el espacio de un mes y medio.

En rigor, cayeron en el trabajo forzado, víctimas de la salvaje represión hitleriana.

¿Por qué recordar todo esto, después de cuatro lustros? ¿No ha crecido ya la hierba sobre las tumbas de los que pudieron ser amortajados? ¿No ha absorbido ya la tierra extranjera las cenizas de otros, quemados en los hornos crematorios?

Por otra parte, de los países más favorecidos, de aquellos en los cuales los horrores de la invasión fueron menos duros, nos llegan voces de hombres cultos, incluso de sabios, que creen exageradas las acusaciones que nosotros, testigos presenciales, estamos en aptitud de hacer. Esos hombres ven en tales acusaciones las manifestaciones de lo que se llama la *Greuel Propagande* (propaganda por el horror), o bien descubren los síntomas de un deseo de revancha. ¿Podremos llegar a convencer a uno de esos incrédulos, a decidirlo a poner el dedo sobre la llaga? No lo espero. Pero, de todas maneras, es imposible callar, negar a la verdad el testimonio que expresamos públicamente en alta y clara voz, porque de este testimonio, precisamente, se derivan, no solamente para los demás, sino aún para nosotros mismos, consecuencias de gran importancia.

Sophie Nalkowska, escritora polaca, en su libro *Medallas* ha descrito de manera concisa, pero impresionante, la monstruosidad de los campos de exterminio. Su sentimiento de horror se expresa en una exclamación breve, pero llena de sentido: “¡Y son hombres quienes han deparado a otros hombres una suerte tan inhumana!”

Sería difícil encontrar los términos más apropiados para traducir la emoción que se apodera de nosotros ante los síntomas de semejante deshumanización, confirmada por las atrocidades cometidas en el curso de esta guerra total. Dados los lugares en que estuvimos, expresaremos nuestra angustia de manera un tanto diferente y diremos: son hombres de ciencia quienes han contribuido al exterminio de hombres de ciencia.

¿Acaso no fuimos arrestados por un *doctor juris*, por un servidor —aparentemente— del derecho y la justicia? Entre los brutos que trabajaban en el cam-

po se encontraban, bajo los uniformes de suboficiales, estudiantes. Técnicos y químicos rivalizaban en ingenio e inteligencia para construir hornos crematorios y cámaras de gas. ¿Quiénes, si no médicos, se entregaban a investigaciones científicas, a experiencias inhumanas, sobre la resistencia y el límite de las fuerzas vitales del ser humano? Investigadores, inventores, servidores de la ciencia se dejaron así incluir en una empresa de exterminio de vidas humanas y, lo que es más, frecuentemente se prestaron voluntariamente para añadir más refinamiento a la crueldad. ¿Qué quiere decir esto sino que el frenesí del odio se había apoderado de ellos?

¿Acaso no clamaba por los altoparlantes en la plaza de Cracovia el gobernador Frank, doctor en derecho, presidente, al parecer, de la “*Akademie für Deutsches Recht*” (Academia de Derecho Alemán): “Los polacos son hombres inferiores —*Untermenschen*; debían sentirse felices si se les autorizara para vivir en Rodesia.”

¿No eran acaso sabios, historiadores del arte, archivistas, bibliotecarios y bibliófilos quienes saqueaban nuestros museos y nuestras instituciones científicas o reducían a cenizas nuestros archivos y bibliotecas?

¿La idea de semejantes crímenes podía solamente germinar en el espíritu de un sabio y preocupar a un hombre dotado de títulos universitarios? Sí. Después de un breve entrenamiento en las filas del Partido. Pudimos convencernos personalmente, como testigos oculares, y constatar los hechos siguientes: la cultura intelectual no implica necesariamente el sentido moral; el amigo de la ciencia no es obligatoriamente el amigo del hombre; un título universitario no es un obstáculo decisivo contra la deshumanización. Queda uno literalmente aterrado, profundamente consternado, ante semejante comprobación.

Queremos grabar nuestra visión de horror en el alma y la memoria de todos aquellos que hoy nos escuchan. Es también un grito de alarma el que lanzamos. El sentimiento de lo humano se ha disgregado; las ligas establecidas por Sócrates entre la ciencia y el derecho se han roto: el edificio de la cultura,



“es imposible callar, negar a la verdad el testimonio que expresamos públicamente”



"la monstruosidad de los campos de exterminio"

consolidado en el curso de siglos por los esfuerzos de los más nobles representantes de la humanidad, se encuentra amenazado.

Cuando se habla de la atmósfera de los campos de muerte, de la violencia que se desencadenó sobre nosotros en Sachsenhausen —y sobre millones de semejantes en Auschwitz, Majdanek, Treblinka y otros centros de exterminio en masa— se acostumbra hablar de la bestialidad del hombre. Al expresarse de esta manera se ofende al animal, ha hecho notar juiciosamente alguien, pues la bestia mata y devora para hartarse, para calmar su hambre, sin encarnizarse con su víctima, en tanto que tras las alambradas el hombre harto y satisfecho se encarniza sobre el prisionero debilitado por las privaciones, el hombre armado sobre el hombre desarmado, el todopoderoso sobre el humillado; y ejerce su crueldad con refinamiento, con satisfacción. El mal que devasta los campos encuentra en sí mismo su razón de ser, porque se trata de la esencia del mal; del mal absoluto. Conviene, por tanto, no hablar de la bestialidad del hombre sino del hombre poseído por el demonio. Este hombre maniata el instrumento de la ciencia y lo pone al servicio de Satán. Es Fausto sometido miserablemente a Mefistófeles. Queda uno embargado de terror y asco ante semejante envilecimiento.

Se puede preguntar si en este infierno de opresión la victoria del mal será completa. No puede negarse que su triunfo fue resonante. Millones de víctimas, después de haber conocido el horror de los campos, fueron exterminados. Entre ellas, los polacos y los judíos ocupan el primer lugar. Durante mucho tiempo, los historiadores y los estadistas quedarán sorprendidos, espantados, ante la amplitud del exterminio del pueblo polaco entre 1939 y 1944.

Esta verdad es cruel y angustiosa, pero no debe conducir a nadie a la desesperación. Y si no nos abate, no nos hunde, es porque de nuestras experiencias, relativamente cortas, en los campos de concentración, hemos sacado la convicción de que existe también otra verdad, reconfortante.

Sobre el fondo oscuro de tantas humillaciones sufridas, cada signo de ele-

vación moral del ser humano, cada manifestación de grandeza de espíritu, proyectaban una luz tanto más intensa. Si bien mis observaciones se limitan a dos barracas y al solo grupo de compañeros del "Sonderkommando Krakau", pude constatar que estas cualidades morales se manifestaban tanto entre los universitarios de la nueva generación como entre los de la anterior.

A este propósito me siento tentado de recordar los emotivos ejemplos de la afectuosa solicitud que algunos de nuestros jóvenes colegas manifestaron hacia sus profesores vencidos por la edad y la fatiga; ellos les ayudaban, les consolaban generosamente como samaritanos y les preservaban de las más duras pruebas. Ningún interés, ningún cálculo, los hacía actuar así, sino únicamente un profundo y fiel afecto. Ignorábamos cuándo podríamos salir de ese infierno (o si no saldríamos nunca) y quienes nos atendían, también lo ignoraban. Si yo quisiera relatar en detalle todo, sería necesario citar nombres, y no quiero hacerlo, pues esos colegas viven entre nosotros y algunos de ellos se encuentran probablemente aquí presentes.

Quiero, en compensación, recordar los nombres de aquellos que, vencidos por la suerte, nos abandonaron. Es imposible olvidar su fuerza de carácter y su incomparable dignidad.

¿Quién, entre los testigos de las torturas infligidas al abate Constantín Michalski —simplemente porque era *ein Pfaffe* (un cura)— podría borrarlas de su memoria? De esta escena hemos guardado para siempre el recuerdo de su magnífica valentía y de la dignidad con que se enfrentó al incalificable tratamiento de sus verdugos. ¿Cómo olvidar con qué viril resistencia Stanislas Estreicher soportaba, refugiándose en sí mismo, los atroces sufrimientos que no lo abandonarían hasta los últimos momentos? Intimidados y llenos de respeto admiramos el dominio de sí, la calma y casi la serenidad de espíritu de Casimir Konstanecki quien, la víspera misma de su muerte, a la hora de la lista se formó a nuestro lado sin proferir una queja, sobre sus piernas inflamadas y cubiertas de llagas. Al número de los profesores mártires pertenecen asimismo nuestros

colegas Hoborski, Kolczakowski y tantos otros cuyos nombres se atropellan en nuestra memoria. La orgullosa actitud y el endurecimiento moral que oponían a las humillaciones y a los sufrimientos obliga a admirarlos.

Si alguna vez —hecho raro y aislado— se sentía despertar en nuestras filas algún temor o bien alguna mezquina tentación de conformismo, encontrábamos siempre al lado de nuestros hermanos mayores apoyo y aliento para reaccionar y defender nuestro honor de polacos y de miembros de la universidad Jaguelona. Heydel, Konopczynski, Kutrzeba, Piotrowicz, por no citar más, nos alentaban siempre.

En cuanto al profesor Stanislas Estreicher, antes de abandonarnos para siempre nos dijo a manera de adiós: "No permitáis, mis queridos colegas, que nuestra muerte sea en vano." Estas palabras constituyen su testamento. Es necesario que estas palabras permanezcan siempre vivas tanto en nuestra propia memoria como en las de las generaciones venideras.

Las muestras de este temple y semejante grandeza de alma frente a la muerte eran para nosotros ejemplos luminosos y reconfortantes. Fueron ellos quienes sostuvieron y salvaron nuestra fe en la humanidad, expuesta a duras pruebas. Llevar consigo esta fe viviente en los lugares mismos en que el mal se había desencadenado, es un bien inmenso y sin precio. Ésta fue nuestra "katharsis". Nos impone igualmente hoy en día la obligación de pensar en esos momentos de humillación y opresión con un justo orgullo.

Una palabra más, antes de terminar.

El doctor en derecho Müller no nos ocultó las razones de tan excepcional acto de represión. Ciertamente, dio como explicación que nosotros habíamos decidido "aviesamente" (*boshaft*) y arbitrariamente "sin solicitarlo al ocupante" (*ohne uns zu fragen*) reanudar las actividades de la Universidad. Pero, al mismo tiempo, precisó que la decisión de los alemanes había sido dictada también por una razón más profunda y, en realidad, primordial: la universidad Jaguelona había sido siempre hostil a todo aquello que fuera alemán (*immer deutschfeindlich*).

Müller no se controló más y nos lanzó estas palabras. Así, dando rienda suelta a su furia, presentó un cuadro deformado de la realidad. La ciencia polaca, la ciencia enseñada en nuestra Universidad y en otras instituciones, no se deja jamás guiar por una baja pasión ni por un sentimiento de odio. Está al servicio de la verdad, pues la luz de la verdad permanece siempre pura y no deja de brillar. Si algunos miserables calculadores desnaturalizan la ciencia, ésta no tarda en empañar su memoria. Son así llevados al olvido, a veces al desprecio. Los sabios polacos no propagan el odio y, en particular, no enseñan el odio hacia la nación alemana.

No obstante, la frase venenosa del "doctor en derecho" y policía tenía un asomo de verdad. Sí, es un hecho: cada vez que la nación polaca ha estado expuesta a los ataques de Alemania, cuya sed de conquista no ha sido jamás apagada, nuestros sabios oponen invariablemente la majestad del derecho a las pasiones desencadenadas de todos aquellos que nos gritan "Ausrotten!" Los profesores y los alumnos de nuestra Universi-

dad se encuentran precisamente en la primera fila de los defensores de nuestra existencia nacional. Esto data de la época de Paul Wlodkowic, quien se enfrentó en el Concilio de Constanza al calumniador Falkenberg; lo mismo ocurrió en los tiempos de Dlugosz y en los siglos posteriores, hasta nuestros días. Los nombres de Dietl, Charles Estreicher, Zimmermann, Konopczynski, Wacław Sobieski, Kutrzeba y muchos otros lo atestiguan.

No; nosotros no hemos fomentado ni fomentaremos el odio a la nación alemana. En cambio, nos dedicamos a mantener una inquebrantable voluntad de resistencia ante el espíritu de conquista del imperialismo germánico, y despertamos también esta voluntad en el alma de los alumnos que están bajo nuestro cuidado. Si, por esta razón, nuestros ve-

nerables colegas deben sufrir en los campos de concentración para morir como mártires, podemos decir con orgullo: hemos sufrido por una causa justa.

El 6 de noviembre de 1939, el representante de la Gestapo nos aseguró con arrogancia e insolencia que nunca jamás —*nie wieder*— una palabra polaca resonaría entre los muros de la universidad Jaguelona, debido al delito histórico de que se había hecho culpable. Pero Herr Müller fue un falso profeta. La lengua polaca tiene de nuevo derecho a ser pronunciada aquí; la enseñanza de la ciencia continúa; nuestra Universidad vela por la consolidación de la cultura espiritual y moral de la nación. Y se mantiene, con fidelidad e integridad, al igual que en el pasado, a través de las vicisitudes de seis siglos de existencia, al servicio de la ciencia.

## DOCUMENTOS

### LOS LIBERALES Y CUBA

Por Robert Paul WOLFF

• Si algún aspecto hay del asunto cubano sin examinar, éste es la reacción de la opinión norteamericana, y en particular la de los liberales: decididamente favorables a Castro en un principio, ahora están reticentes, si es que no hostiles.

El autor, profesor de la Universidad de Harvard, explica los motivos de esta evolución.

CUBA planteó un problema a las izquierdas. El gobierno de Batista era profundamente malo y depravado, y en la medida en que los liberales norteamericanos estaban conscientes de ello, se oponían a la política de ayuda y no intervención de los Estados Unidos. Sin embargo, el régimen revolucionario de Fidel Castro no corresponde en absoluto al tipo de democracia constitucional que los liberales podían apoyar sin reservas. Es por esto que tras una primer oleada de entusiasmo por los rebeldes de Castro, los periódicos de izquierda como *The New Republic* y *The Reporter* se atrincheraron en un silencio molesto. Recientemente, *The Reporter* rompió el silencio con un editorial de Theodor Draper titulado "La Revolución fugitiva", cuya conclusión expresa perfectamente el titubeo de los liberales: "Castro definió un día su revolución como la libertad y el pan sin el terror. Si prosigue en ir demasiado de prisa, demasiado lejos y demasiado fuerte, Cuba tendrá quizás el terror sin pan ni libertad."

#### DE LA SIMPATÍA...

La revolución comenzó con el desembarco de ochenta y un hombres de Castro en la provincia de Oriente. Tras haberse abierto combatiendo un camino hasta el refugio de Sierra Maestra, los doce sobrevivientes emprendieron su larga campaña de sabotajes. Necesitaron Castro y sus partidarios algo más de dos años para transformar este minúscu-

lo grupo rebelde en un movimiento revolucionario victorioso. El lapso de clandestinidad concluyó el primero de enero de 1959, cuando Batista huyó de La Habana, abandonando la capital a las tropas de Castro.

En un principio la opinión norteamericana fue moderada y en general favorable a Castro. Durante los primeros meses, nadie tomó muy en serio a la pequeña banda, pero la idea de que un puñado de hombres se levantaba valerosamente contra un dictador impresionó al público americano. Todas las naciones tienen su cuento de hadas favorito, y el nuestro es "Jack vence al gigante", la historia del hombrecito que sale triunfador de pruebas insuperables. Puede parecer extraño que un país como los Estados Unidos prefiera a Jack que al gigante pero es que ocurre que el perro apaleado goza de la simpatía de los norteamericanos. Y fue este papel el que los periódicos americanos asignaron inmediatamente a Castro.

*Time*, portavoz de una facción del partido republicano que se caracteriza por su muy particular refinamiento, su cosmopolitismo y sus vínculos con los grandes asuntos, presentaba la rebelión como "una pequeña revuelta de don Quijote" y definió a Castro como "un joven jurista batallador". A medida que los rebeldes escapaban de los soldados de Batista y obtenían el apoyo de las poblaciones de Oriente y La Habana, se multiplicaban las leyendas en torno a ellos. Los ecos eran unánimemente favorables y no disimulaban el terror que reinaba con Batista. Desde mediados de 1957, reporteros y fotógrafos emprendieron la expedición hasta el montañoso cuartel general de Castro. Se dedicaron a hacer descripciones novelescas de los barbudos guerreros, y los americanos que estaban al corriente de los sucesos agregaron a su repertorio los exóticos nombres de Raúl Castro, Che Guevara y otros. Al fin, las tropas de Castro aparecieron en las actualidades: ¡Batista

parecía ser el único en no poder encontrarlos!

Durante los últimos meses de 1957 y a lo largo de todo el 58, el interés inspirado por Castro proseguía despierto y la opinión favorable. Incluso el asalto de un grupo de americanos de la base naval de Guantánamo en junio de 1958, fue considerado como un pasaje de opereta y las "víctimas" en general presentadas como partidarias de la causa de Castro. Un hecho significativo fue que a pesar de la profusión de informaciones relativas al movimiento rebelde, no se decía prácticamente nada de sus fines ni de las condiciones económicas y sociales que lo habían provocado. Se difundía la brutalidad de la policía y la corrupción del gobierno de Batista, pero estos son vicios que revelan sobre todo el mal funcionamiento de un sistema y no de su estructura: casi no se aludía a la dependencia económica de Cuba con respecto a los Estados Unidos y a su economía basada en un cultivo único, que dejaba a los campesinos sin trabajo durante ocho meses del año. Como única notable excepción, Carleton Beals, en los artículos de *The Nation* aparecidos antes y después de la caída de Batista señaló la necesidad de una reforma agraria, de una diversificación de los cultivos y demostró que era necesario romper con la retención de los intereses norteamericanos en la economía cubana.

#### ... A LA INQUIETUD: LOS PROCESOS.

El giro de la opinión norteamericana, tanto de la derecha como de la izquierda tuvo lugar a raíz de los procesos y ejecución de los acólitos de Batista, ocurridos en La Habana en el curso de los primeros meses del 59. Durante más de un año, se estuvo diciendo a los norteamericanos que los rebeldes combatían para acabar con la tiranía y para asegurar el respeto a los derechos civiles y las garantías individuales, y de pronto, los periódicos no hablaron más que de los procesos colectivos que parecían una evocación de los circos romanos. Afectado por estas acusaciones, Castro invitó, por aviones enteros, a corresponsales americanos a asistir a los procesos. Como resultado aparecieron oleadas de relatos mal documentados, exagerados y totalmente desfavorables. Los periodistas liberales fueron los más severos al denunciar las ejecuciones. Desde entonces, y a pesar de una visita en mayo del 59 en la cual Castro tuvo una acogida triunfal, particularmente en Harvard, la prensa de todas tendencias se mostró reservada en lo referente a él. Las cosas han empeorado con el aumento de la influencia comunista en el gobierno de Castro y las discusiones se concentran ahora casi exclusivamente en este aspecto de la situación. La visita de Mikoyan a Cuba y la determinación de un acuerdo comercial con Rusia han dado por primera vez a la U.R.S.S. la posibilidad de ejercer su influencia en la vecindad misma de los E.E.U.U. Hasta aquí el gobierno americano ha adoptado una actitud reservada y en conjunto tolerante en lo que se refiere a los discursos violentamente hostiles de Castro; lo que es aún más significativo es que los acuerdos relativos al azúcar que representan